

Una escultura malograda.

El San Bruno de la Cartuja de Miraflores.

En esta celebradísima Cartuja de Miraflores, serena y noble, con mucho de Abraham, con mucho de Epicteto, hay una imagen de San Bruno, el fundador de la Orden, tallada en madera por Pereyra, un artista portugués residente en Madrid en la primera mitad del siglo XVII. Detalles eruditos sobre ella, como sobre la Cartuja entera, los hallará el lector en la obra de D. Francisco Tarín y Juaneda, «La Real Cartuja de Miraflores (Burgos). Su historia y descripción». Burgos, Hijos de S. Rodríguez, 1896.

Pero ahí está la escultura ante tus ojos. Pasa por una de las buenas imágenes de San Bruno que existen en el mundo. Ya ves que con razón.

Naturalmente, estos hábitos blancos se prestan poco a una expresión intensa. Desde luego en esta imagen de Miraflores puedes pronto apreciar que Pereyra no se preocupó bastante de hacerlos intervenir con un carácter propio en el conjunto. Más bien parece que el cuerpo es el fondo del motivo expresivo, el tallo de la flor espiritual que es la cabeza del santo. Tapa, si no, la cabeza de la escultura, y verás qué mudo se queda el cuerpo, qué indiferencia hay en esa posición y en esos paños. No, Pereyra puso toda su alma en la cabeza de la imagen y no hizo del cuerpo sino un soporte suficiente. Por aquí perdió, pero a la vez ganó su obra. Este San Bruno es una tea ardiendo, y su cabeza es la llama viva.

Vamos, pues, a estudiar ese fuego encendido por las manos de Pereyra, y a ver hasta qué punto el descuido del cuerpo perjudicó a la cabeza. Yo diría que, sobre todo, hay ahí reconcentración, adentramiento: El alma de San Bruno se contrae, se recoge, va condensándose alrededor de un punto interior, el mundo ha desaparecido ya de la presencia de esos ojos ardientes. Estamos en el primer escalón del éxtasis. Es decir, en un momento en que la actividad espiritual acaba de cambiar de rumbo y se ha orientado definitiva y enteramente hacia el imán de una visión interna que suspenderá toda acción y todo impulso corporal.

¿Qué hace, pues, ese brazo de S. Bruno sosteniendo el Cristo? La mirada del santo se pierde en el vacío: S. Bruno mira sin ver. Su alma camina ya por los senderos luminosos de su espíritu abierto a Dios como campos al sol. El cuerpo de S. Bruno pasa a ser una cosa automática, una máquina que seguirá viviendo por inercia. Y esos brazos, que imaginamos ver languidecer hasta ser tan pasivos como el cuerpo, nos sorprenden en la escultura de Pereyra como una cosa disonante, como un movimiento en un cuerpo dormido.

Mirad la imagen ocultándole la cabeza. ¿No os parece que la cabeza que correspondería a esa actitud no es la de un concentrado, la de un distraído, sino la de un alma que mira a la vida y se dirige a ella?

Y viceversa. Miradla tapando todo el cuerpo. ¿No creéis ver que esa cabeza reconcentrada, distraída, va a alzarse sobre un cuerpo en reposo, laxo, que presente el abandono de su dueño?

Eso es lo que yo veo ahí y que me hace afirmar que esta escultura, que pudo ser genial, no pase de notable, aun siéndolo mucho. Pereyra no acertó a concertar esa mirada perdida, esa alma ausente, con la actitud correspondiente del cuerpo. Es decir, existe una contradicción, no ya de naturalidad, sino de expresión, en esa estatua que quiere ser expresiva

sobre todas las cosas. Aun omitiendo el descuido con que el cuerpo ha sido tratado, esos dos brazos de San Bruno, agitados como dos elementos importantes de emoción, huyen de la mirada de los ojos ardientes para los cuales el Crucifijo no basta ya. Bastante claro nos lo dice ese mirar que no ve ya lo material.

Y ante tal disonancia, pensamos en que hay ciertamente en este San Bruno un acierto maravilloso, la cabeza, y un desacierto triste, el cuerpo y aún más los brazos, que debieran subrayar la emoción de la cara en lugar de neutralizarla.

Y nos decimos: «He aquí una escultura malograda».

J. L. URABAYEN

Fotografía de Vadillo.



San Bruno.